

ÍNDICE

- 9 Prólogo de José Checa Beltrán
- 15 Introducción
- Capítulo 1
- 27 *Corpus de novelas*
- Capítulo 2
- 57 *Lo femenino en la novela histórica romántica*
- 63 2.1 Las protagonistas de las novelas del corpus
- 81 2.2 El papel de la protagonista
- 86 2.3 Perfil físico y moral
- 91 2.4 El amor
- 95 2.5 El desenlace
- Capítulo 3
- 99 *Otras facetas de lo femenino*
- 99 3.1 La “segunda protagonista”
- 106 3.2 La antagonista de la heroína
- 109 3.3 La criada
- 113 3.4 La monja
- Apéndices
- 119 Cuadro A: Figuras femeninas del corpus
- 121 Cuadro B: Rasgos físicos de la heroína
- 123 Cuadro C: La heroína y sus circunstancias
- 125 Cuadro D: El desenlace
- 127 Bibliografía general

PRÓLOGO

Sobre el (sub)género novela histórica romántica

Los estudios dedicados a la novela histórica del Romanticismo español son todavía insuficientes. Ciertas opiniones sobre estas obras, procedentes de una historiografía arcaica, se han convertido en tópicos difíciles de desterrar. Asumidos por distintas generaciones de estudiosos con una actitud acrítica, continúan sin ser revisados a la luz de verdaderas lecturas del corpus correspondiente.

Por otra parte, el carácter poliédrico de cualquier obra literaria permite su análisis desde variadas perspectivas críticas, algunas de ellas sin afrontar en el caso de este género. La figura de la mujer en la novela histórica del Romanticismo español es una de esas lagunas historiográficas que, a pesar del auge actual de los estudios feministas, ha permanecido desatendida. Por ejemplo, nada sobre esta cuestión aparece en la, por otros motivos encomiable, *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, de Iris M. Zavala, donde no se menciona para nada el tratamiento de la mujer en las novelas que nos ocupan.

El loable trabajo de mi antiguo alumno, y ahora amigo, Andrea Bernardi viene a remediar este vacío historiográfico, así como a revisar y, en su caso, contestar algunos de los tópicos aludidos, como el de la falta de originalidad de las novelas históricas del Romanticismo español y su estigma de extranjerizantes.

Su carácter intermedio, entre “historia” y “literatura”, confiere a estas obras una dificultad añadida a la ardua tarea que supone siempre el análisis de cualquier género literario (estrictamente literario) que no se inscriba exactamente en la célebre tríada clásica. Las relaciones entre realidad y ficción adquieren en este tipo de composiciones una dimensión diferente a la observada en cualquier otra obra literaria, cuya relación entre referente y fábula ha de ser simplemente “verosímil”.

Si la “verosimilitud interna” (integración coherente de los distintos elementos internos de la obra) depende de la pericia de cada autor, la “verosimilitud externa” (adecuación de la obra al mundo exterior) necesita, además, la complicidad del lector. Aunque la novela histórica está plagada -paradójicamente- de elementos maravillosos, el lector percibe como verosímil lo que está leyendo gracias a su reconocimiento implícito del concepto de “verosimilitud popular”: es verosímil aquello que -a pesar de su evidente falsedad para un público contemporáneo- fue percibido como verdadero por las gentes sencillas -no cultas- de otras épocas o de otras comunidades. De esta manera, la representación literaria de antiguos mitos, supersticiones o sucesos mágicos, contemplados como verdaderos o posibles por gentes de otras épocas, no infringen el requisito de verosimilitud para un lector contemporáneo. Ello justifica el uso de elementos maravillosos en estas obras.

En la novela histórica, la clásica exigencia de verosimilitud adquiere connotaciones diversas, lo que, unido a la falta de definición sobre este género en la poética tradicional, ha originado exégesis discrepantes. Si ya el género “novela”, sin más, carecía de una caracterización “normativa” todavía en las poéticas de las primeras décadas del siglo XIX, imaginemos cuál era entonces la situación de la “novela histórica”. Ello determinó que, para resolver el vacío, los autores de estas composiciones introdujeran en ellas digresiones teóricas, más o menos afortunadas.

Un estudioso contemporáneo ha escrito que la teoría moderna de los géneros es una simple “paráfrasis” de la que propuso Aristóteles en su *Poética*. En los comienzos del siglo XIX esa teoría era declaradamente aristotélica, pues, a pesar de la rebelión anticlásica del Romanticismo, aún no se había hallado una definición satisfactoria y sistemática de la novela, y menos aún de la novela histórica.

Como digo, los autores y teóricos de entonces esbozaron algunas soluciones, pero resultaron ser parciales o asistemáticas. Walter Scott anticipó las primeras nociones que delimitaban el género: el relato ficticio se sitúa en un espacio y

momento histórico concreto, normalmente en un escenario nacional y medieval. Se mezclan personajes y hechos históricos y ficticios. No puede esperarse una rigurosa fidelidad histórica. La historiografía literaria actual, con las ventajas que confiere la distancia histórica, consiente establecer algunos elementos definitorios aplicables a la mayoría de estas composiciones. Destacamos algunos:

La fábula se construye con una mezcla de elementos históricos e inventados; en ella los personajes ficticios desempeñan los papeles protagonistas, mientras que lo histórico -cuya reproducción intenta ser lo más fiel posible- está conformado por algunos personajes secundarios y por un ambiente costumbrista que retrata detalladamente objetos, indumentarias y costumbres de la época. El retrato de los personajes se demora en su intimidad moral: el lector conoce con detalle sus sentimientos, sus deseos, sus propósitos y sus dudas. Algunos investigadores han subrayado su parentesco con el “tipo”, más que con el individuo: se trata de personajes que evolucionan poco, a pesar de los cambios de circunstancias que se suceden en el transcurso del relato. En cualquier caso, los componentes históricos suelen quedar relegados ante el vigor de los elementos ficcionales.

El escenario histórico suele situarse en la Edad Media, de acuerdo con el gusto de entonces por esta época, asociada con el nacimiento de la literatura cristiano-romántica, frente a la antigüedad, época pagano-clásica. Los autores incluyen los datos necesarios para que el lector conozca la localización geográfica y temporal de los hechos que se dispone a leer. Este género literario contribuyó decisivamente a crear una imagen de la Edad Media construida según el gusto romántico.

La narración se asienta en elementos como la peripecia y la intriga. Los hechos se relatan desde la perspectiva de un narrador omnisciente que suele mostrarse como transcriptor de un manuscrito antiguo, sobre el que intercala sus propias digresiones, encaminadas a facilitar la comprensión del lector y, a veces, a encauzar su interpretación ideológica. Se trata de un recurso -cervantino- que permite la matización o explicación de la supuesta fuente manuscrita, y supone también la comparación

entre los acontecimientos pasados y las circunstancias presentes.

En este sentido, los autores, o bien pretenden llamar la atención sobre la situación política contemporánea y los cambios acaecidos respecto a la época del relato, o bien dibujan implícitamente la continuidad entre el pasado y el presente. En ocasiones, persiguen sus fines mediante la representación de la Edad Media como una alegoría de los tiempos modernos: algunos estudiosos han subrayado que es peculiar de este género tomar partido ante la situación política contemporánea, desde una posición conservadora o progresista. Vale la pena recordar que la novela histórica romántica es contemporánea del auge de los nacionalismos; las tensiones y los problemas de los individuos son consecuencia, en muchos casos, de su pertenencia a un pueblo, nación o comunidad determinados.

Por otra parte, se considera que la novela histórica romántica es heredera del “libro de caballerías” y que refleja muchos de los elementos típicos de la “novela gótica”, lo que quizás determinó la relevancia de la ficción en estas obras, menos fieles a la “realidad” que las novelas históricas de otras épocas.

Tanto las novelas europeas como las españolas de estos años responden, en líneas generales, a los principios señalados. La historiografía literaria destaca que en nuestro país se intentó nacionalizar el paradigma de Walter Scott, se registraron planteamientos similares a los usados por otros autores de prestigio (Victor Hugo, Chateaubriand, Manzoni, etc.) y se intentó la búsqueda de una identidad nacional, desde perspectivas conservadoras o modernizadoras.

Algunos estudiosos han distinguido varios tipos de novela histórica romántica, dependiendo del tratamiento del pasado histórico en que se sitúan. Así, la “novela histórica arqueológica” presenta una mejor documentación histórica y procura ser respetuosa en la descripción de elementos costumbristas, mientras que la “novela histórica folletinesca” relega los elementos históricos y subraya los hechos ficticios. Se trató de un paso progresivo desde el interés por una reconstrucción fidedigna del pasado histórico y desde un indudable carácter casi

epopéyico, hasta el simple gusto por la narración pura de asuntos novelescos. Por otra parte, se ha señalado la existencia de la “novela histórica de tesis”, en la que el autor intenta transmitir declaradamente una determinada posición ideológica.

Todo ello constituye el fondo por el que discurre la plausible investigación del profesor Andrea Bernardi, que elige un campo de estudio inédito -muy oportuno, en esta época tan interesada por los estudios de género-, selecciona con gran acierto un corpus verdaderamente paradigmático, lo analiza en sus múltiples detalles, y extrae unas iluminadoras conclusiones -que sería redundante enumerar en este prólogo- fundadas en una lectura efectiva de las obras elegidas. Estamos seguros de que este libro de Andrea Bernardi será una referencia imprescindible tanto para los estudiosos interesados en historiografía feminista como para los expertos en Romanticismo y novela histórica.

JOSÉ CHECA BELTRÁN

Científico Titular del Instituto de la Lengua Española
(Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid)